

canonizar á los Santos. En la vida de San Romualdo, escrita quince años despues de su muerte por San Pedro Damiano, está escrito que vivió ciento y veinte años; pero es muy verosimil que en esto haya algun error de los copiantes, porque calculando con exactitud la serie de sus acciones, no se le pueden conceder mas de setenta y uno á setenta y cinco años de vida (1).

Por este tiempo ó poco antes prestó un servicio interesante á su diócesi y á toda la Iglesia el monge Guido, natural de la ciudad de Arezzo en Toscana, contribuyendo á la magestad del culto público con la invencion de un método para aprender á cantar (2). Este fué el que inventó la solfa y las seis notas UT, RE, MI, FA, SOL, LA, que tomó de los tres primeros versos del himno de San Juan, *Ut queant laxis resonare fibris*: método muy sencillo, pero ignorado hasta entonces, por cuyo medio aprende un niño en algunos meses lo que pocos hombres aprendian antes con trabajo en muchos años. Los mas ilustres prelados de Italia recibieron con aplausos este método, y de allí se estendió por toda la cristiandad. Llamó á Guido el Papa Benedicto VIII (1025), mostró un gozo extraordinario al saber que habia llegado á Roma, le hizo muchas preguntas, examinó su libro y sus reglas, y sin moverse del sitio en que estaba quiso ponerlas en práctica por sí mismo. Aprendió en efecto en pocos momentos la música de un versículo que jamás habia oido cantar, y experimentando por sí mismo lo que apenas habia creído cuando se lo referian otros, hablaba de esta invencion como de un prodigio.

En el pontificado de Juan XIX adquirió la Religion otras ventajas todavia mas sólidas por medio de muchos principes virtuo-

(1) *Art. de verif. les dates.*  
(2) *Saec. VI Bened. p. 808.*

sos, cuyo ejemplo y celo no contribuyeron menos que los predicadores del Evangelio á acreditarla en los reinos del Norte. Canuto, hijo y sucesor de Suenon, rey de Dinamarca, pasó á Inglaterra á ejemplo de su padre, para vengar á su nacion de las crueldades del rey Ethelredo (1). Este jóven príncipe, prudente, valeroso, constante en los reve- ses y lleno de recursos para repararlos, hubiera despojado fácilmente á Ethelredo de sus Estados, si este rey sin virtudes y sin mérito no hubiese encontrado un apoyo poderoso en su hijo Edmundo, cuya fuerza en los consejos y en las campañas igualaba á la fuerza de su cuerpo, que le grangeó el renombre de *espalda de hierro*. Mientras existió este digno rival, Canuto conservó la soberanía de una parte de la Gran Bretaña; pero luego de la muerte de Edmundo (1017), quedó único dueño de la isla, y reinó en ella cerca de veinte años. Era religioso, equitativo, naturalmente benéfico, y si durante la guerra manifestó algunos restos de la ferocidad dinamarquesa, no fué tanto un efecto de su índole, como una consecuencia desagraciada de las ocasiones y de un furor pasajero. Cuando se vió poseedor tranquilo de toda la Inglaterra, se aplicó con tanto esmero á restablecer la tranquilidad y el buen orden y á procurar la abundancia, que nunca estuvo el reino tan floreciente como en el tiempo que duró su reinado. Derramaba sus gracias y sus liberalidades entre los grandes y los pueblos, protegiendo á los ingleses del mismo modo que á los dinamarqueses, de suerte que se grangeó el amor general á pesar de las preocupaciones nacionales, consiguiendo restablecer entre ellos una concordia y armonía tal que se tuvo por una obra maestra de política.

La piedad sincera de este príncipe era el alma de todas sus régias virtudes y las

(1) *Adam. Brem. lib. 2, cap. 38.*

dió un gran realce. Canuto reedificó todos los monasterios asolados durante las guerras, y levantó iglesias en todos los sitios donde habia dado batallas, á fin de que se hiciese oracion en ellas y se ofreciese el santo sacrificio por los difuntos. Como su padre Suenon, siendo todavia pagano, habia violado sacrilegamente en Glastemburi el sepulcro de San Edmundo, por eso mandó Canuto edificar allí un monasterio magnifico en honor de este ilustre mártir. Fué en extremo liberal con las iglesias y con los pobres, sin limitarse á los de sus Estados. En Roma, donde tuvo la devocion de visitar el sepulcro de los Santos Apóstoles, se admiró su piadosa magnificencia y el espíritu de Religion de que estaba animado, y que edificaba á todos (1027). Viéndose obligado Fulberto, obispo de Chartres, á reconstruir enteramente su catedral, que habia quedado arruinada de resultas de un incendio, le envió Canuto considerables sumas de dinero, como lo justifica la carta de gracias que le escribió este prelado.

A estas obras exteriores, que á la verdad eran fáciles para un príncipe poderoso, Canuto añadia los sentimientos del corazón; y á pesar del orgullo que naturalmente inspira el cetro, reconocia su continua dependencia del Todopoderoso, al que tributaba siempre el homenaje de la porcion de autoridad recibida de su mano. Hallábase un dia cerca de Winchester á la orilla del mar, y le dió un cortesano el título soberbio de Rey de los Reyes y Señor de mar y tierra, por una especie de lisonja, que aunque se parece á la idolatría, no suele causar escrúpulo alguno en las cortes mas cristianas. El príncipe, sin responder, dobló su manto, le puso á la orilla de las olas, y se sentó sobre él. Viendo despues de esto que llegaba el momento del flujo: «pues estás sujeto á mis órdenes, dijo al mar, te mando que respetes á tu señor, y que no te acerques á donde está.»

(1) *Adam. Brem. lib. 11, cap. 40.*  
B. del C., tomo XVIII.—V.—HISTORIA ECLESIASTICA A.—Tomo III. 20

Eseucharon todos con asombro estas palabras, cuando bañando los pies del rey las primeras olas: Ya veis, dijo, cómo soy señor del mar. Aprended de aqui lo que es el poder de los reyes mortales, y entended que propiamente hablando no hay mas Rey que aquel Soberano Ser que crió y gobierna el cielo, la tierra y todos los elementos. Habiéndoles dado esta importante leccion, se levantó, se fué en derechura á la iglesia de Winchester, acompañado de todos los que le rodeaban, y poniendo en la cabeza de un crucifijo la diadema que acostumbraba llevar, protestó que solo merece llevar la corona aquel á quien obedecen todas las criaturas; despues de esto no quiso ya usar de ella en adelante. Murió Canuto á poco tiempo de haber hecho una accion tan digna de terminar un reinado que habia sido una serie casi no interrumpida de buenas obras (1036). Se atribuye un gobierno tan cristiano á la direccion de San Elnoth, arzobispo de Cantorberi y sucesor de Living, que lo era de San Elfgio. Los dos hijos de Canuto I, Haraldo y Canuto II, sucedieron uno despues de otro á su padre en la soberanía de la Gran Bretaña. Cuando murieron, volviendo otra vez esta corona á la familia de sus antiguos poseedores (1042), pasó á la cabeza de San Eduardo, hermano de Edmundo *espalda de hierro*.

Mientras que el rey Canuto era con sus virtudes la edificacion de la Inglaterra y Dinamarca, regia los países bárbaros de la Noruega un príncipe igualmente virtuoso que mereció el título de mártir por su muerte heróica y santa (1). Sin embargo, los dos reyes Olaf ú Olaus y Canuto, tan dignos de una amistad reciproca, se declararon una guerra obstinada que duró casi todo su reinado, aspirando nada menos que á reunir en una sola cabeza las dos coronas de Di-

namarca y Noruega, que á pesar de los mares que la separan, se ha creído desde la mas remota antigüedad que debían estar sujetas á un solo soberano. Dedicóse Olaf particularmente á arrojar de sus dominios los adivinos y magos de que estaban inficionados y que perpetuaban las supersticiones mas insensatas del paganismo. Caían especialmente en esta debilidad las mugeres, sin esceptuar las de los principales caballeros del pais; y fué tal la severidad del rey, que castigó á muchas de ellas con pena de muerte, á causa de los maleficios que mezclaban con sus observancias impías. Esto ocasionó una rebelion, de que se aprovechó Canuto para hacer que le reconociesen por rey de Noruega, que obedeció entonces por primera vez á los reyes de Dinamarca, aunque duró muy poco esta reunion. No se desanimó Olaf por un revés cuya causa habia sido el ardor de su celo; antes bien, poniendo toda su confianza en Dios, reunió los vasallos que habian permanecido fieles á su rey y á su Dios, recibió socorros del rey de Suecia, llamado tambien Olaf, con cuya hija estaba casado, y reconquistó enteramente su reino. Creyó que debia mostrar á Dios su agradecimiento destruyendo la mágia y la idolatría, y en efecto convirtió á la mayor parte de su pueblo; pero los pocos idólatras que quedaron le quitaron la vida secretamente en el año 1028. Levantáronle un sepulcro honroso en Drontheim, capital del reino, en el que obró el Señor tantos milagros por la intercesion de su siervo, que le colocaron en el número de los santos mártires, siendo muy célebre su culto en todos los pueblos del Norte.

Aunque Olaf de Suecia era neófito, no desplegó menos celo que el rey su yerno por la propagacion del Evangelio (1). Tuvo

(1) Adam. Brem. lib. 11, cap. 41.

el mayor empeño en destruir un templo famoso de los idólatras que habia en Upsal en el centro de sus Estados y venia á ser el arsenal general de la idolatría. Recelando os paganos que lo consiguiese pidieron composicion, y le dijeron que eligiese el mejor pais de la Suecia para establecer en él el cristianismo; mas con la condicion de dejarlos en libertad para servir á sus dioses en lo demas del reino. Olaf aceptó estas condiciones y fundó al punto una iglesia episcopal en Scaren, que era entonces una ciudad muy considerable de la Gothia cerca de Dinamarca. El primer obispo, llamado Turgot, desempeñó su ministerio con tanta prudencia y actividad, que logró la conversion de dos pueblos célebres de godos. El rey por su parte convirtió á su esposa y á sus dos hijos, llamados Edmundo y Anon. Sucedióle este último, el cual logró reunir tan perfectamente la piedad y todas las virtudes cristianas con las del trono, que no hubo nunca otro rey de Suecia tan amado de sus vasallos. Entre los varios misioneros célebres por su piedad y por lo mucho que contribuyeron á realizar las ideas religiosas de estos principes, se distinguió principalmente un inglés llamado Wolfredo, que predicó el Evangelio en Suecia con grande intrepidez y convirtió muchos infieles. Mas declamando en un concurso numeroso contra el mas famoso de sus dioses llamado Tors-tan, le despedazaron al instante los bárbaros (1028).

Al paso que la luz del Evangelio se dilataba de este modo por los climas nebulosos y helados de lo último de la Germania, de la Sarmacia y de la Escandinavia, se disminuía en la misma proporecion en las hermosas provincias de la Grecia, y de aquella parte privilegiada del Asia que ella habia ilustrado con sus primeros rayos. El Concilio celebrado en Constantinopla el año 1027, siendo patriarca Alejo, nos suministra una

idea del misero estado á que estaba reducida entonces aquella iglesia ambiciosa. Los principes, cuyas débiles manos no podían ya sostener el coloso vacilante del imperio, procuraban apoyarle con miserables recursos, empleando para ello todos los medios sagrados y profanos, y en particular las cargas y contribuciones con que agoviaban á los prelados y á todo el clero de sus dominios. Los obispos, para eximirse de unos impuestos de que eran personalmente responsables los metropolitanos, se ausentaban de sus iglesias, daban á sus rentas distinto destino del que debían tener, arrendaban tierras, y se ocupaban servilmente en todo género de negocios temporales. No observaban los límites de la jurisdiccion eclesiástica, usurpaban los derechos de sus hermanos y ordenaban clérigos de otras diócesis. A su vez los eclesiásticos pasaban de una provincia á otra, y especialmente se iban á Constantinopla donde era muy frecuente ver que ejercían impunemente las funciones sagradas unos clérigos depuestos ó revestidos de los hábitos clericales sin haberse ordenado en ninguna parte (1).

El estado monástico que tanto habia florecido en otro tiempo en Oriente, donde tuvo su origen, hacia mucho tiempo que yacia en la decadencia por un resultado del espíritu de error, de cisma y de discordia; y caminaba á su total ruina con mas precipitacion todavia que el estado clerical. Habíanse acostumbrado los emperadores, especialmente desde la heregia de los iconoclastas, á poner los monasterios y los hospitales en manos de los seglares ricos y condecorados con dignidades. El objeto de la institucion de esta especie de encomienda, era proporcionar protectores y bienhechores á

(1) Jus Graeco-Rom. lib. 4, pag. 250; Post. Zonar. pag. 786.

estas casas, y restablecer el gran número de las que habia arruinado el impio Coprónimo (1); pero poco á poco las fueron dando á toda clase de personas, sin esceptuar á las mugeres y á los paganos, que las reputaron propiedades suyas. Estas concesiones eran vitalicias, y algunas veces se otorgaban á favor de dos personas que las disfrutaban sucesivamente. Dábanse á los hombres monasterios de mugeres, y á las mugeres monasterios de hombres, y acontecia con frecuencia que una sola persona tenia muchos á un mismo tiempo. Estos donatarios, llamados *Caristicarios*, gozaban de todas las rentas sin rendir cuenta de ellas, mandaban aun á los abades, obligábanlos á recibir los monges que á ellos les caían en gusto, y moraban en el monasterio las personas de su familia y de su séquito, que solian igualar en número á los monges. No es difícil imaginar los desórdenes que por precision habian de resultar de este abuso, siendo el menor inconveniente la omision en reparar la iglesia y las celdas, la tibieza en el culto divino, la suspension de las limosnas de costumbre, y aun la falta de subsistencia de los monges, quienes por carecer de lo necesario, abandonaban su retiro ó se entregaban en él á la inquietud, al desabrimiento y á la disolucion. Esforzóse el Concilio de Constantinopla á estorbar por lo menos que los caristicarios poseyesen ningun monasterio de monjas, que transmitiesen sus encomiendas á otras personas, vendiéndolas como bienes profanos, y que enagenasen sus posesiones sin el permiso del patriarca ó del metropolitano.

El trono no se veia mas honrado que la Iglesia. El emperador Constantino, que murió tres años despues que su hermano Basilio, á 12 de noviembre de 1028, tuvo por sucesor al patricio Romano Argiro. Ha-

(1) Monum. Graec. Cotel. pag. 170.

biase deshonrado Constantino con su vida ociosa, ó empleada enteramente en corridas de caballos, y en las diversiones que le proporcionaban los bufones, los eunucos y los vagabundos despreciables, á quienes concedía los gobiernos y las primeras dignidades del Estado (1). Mas acierto tuvo Romano Argiro ó Argirópilo en la eleccion de sus favoritos: colmó de riquezas y honores á las personas beneméritas á las que habia perseguido Constantino, aumentó las rentas de la catedral de Constantinopla con una pension de ochenta libras de oro que la señaló sobre el tesoro imperial, alivió la suerte de muchas personas que estaban reducidas á la indigencia, especialmente entre los eclesiásticos, dió grandes limosnas para descanso de los difuntos, é hizo muchos de aquellos actos de Religion que edifican á los pueblos, pero que por lo comun sirven solo para producir una calma funesta en la conciencia del que los ejecuta. Por medio de estas obras de virtud parecia en efecto que se hallaba Romano muy tranquilo en el matrimonio adúltero que le habia facilitado el camino para encumbrarse al trono. Es el caso que descaendo Constantino colocar en él á su propia hija con Romano-Argirópilo, le llamó tres dias antes de su muerte, que juzgaba ya inevitable, y le propuso que repudiase á su muger. Habiendo contestado Argirópilo que no podia alegar ningun motivo de queja contra ella, le dijo el emperador: «Escoje: ó ser por este medio mi sucesor y mi yerno, ó de lo contrario mando sacarte los ojos.» Aun en medio de esta estraña alternativa, vacilaba Romano, y su esposa para librarle del peligro, se mandó cortar el cabello y se encerró en un claustro. Tratóse luego sobre cuál de las tres hijas del emperador consentiria entrar en este matrimonio. Eudisia, la mayor de todas,

(1) Cedr. pag. 719 et seq.

resolvió al punto hacerse religiosa. La tercera llamada Teodora, se negó á las claras á casarse con Romano; pero Zoe, que era la segunda, vino en ello con mucho gusto. Lo que caracteriza de un modo todavia mas notable la religion hipócrita y el alma falsa de aquellos griegos, es el que mirando con tanta indiferencia el delito de adulterio, solo mostrasen escrúpulo por cierto grado de parentesco que habia entre los esposos delincuentes. Agitóse con mucha seriedad esta cuestion subalterna, y decidió á favor de ellos el patriarca Alejo de acuerdo con su clero. Parece que Romano-Argirópilo no mostró la menor inquietud respecto de esto en los cinco años que duró su reinado.

Los prelados de Occidente, aunque ocupaban unas Sillas mucho menos ilustres que la de Constantinopla, estaban muy lejos de tener un temor tan vil de desagradar á las potestades del siglo. Asiando la reina de Francia coronar á su hijo Roberto con perjuicio de Enrique, que era el primogénito, creyó Fulberto de Chartres, quien debia toda su autoridad á su instruccion y á sus virtudes, que no podia consentir una injusticia, cuyas consecuencias podian ser tan perjudiciales (1). Mirando, pues, con indiferencia la ira de la reina, apoyó fuertemente al rey, mas justo que ella para con su hijo primogénito, y despreció los clamores de algunos prelados cortesanos menos adictos á la autoridad del monarca que á la faccion que pretendia usurparla. Prevaleció por fin el dictámen de Fulberto, y se cumplieron los justos deseos del rey, siendo coronado en Reims el príncipe Enrique á 14 de mayo del año 1027, dia de Pentecostés. Pero al mismo tiempo que los prelados intrigantes que se habian manifestado mas opuestos á la consagracion de Enrique, concurrían á ella por un principio de adu-

(1) Glab. lib. 11, c. 9.

lacion, el de Chartres, contentándose con haber contribuido á que se verificase, se negó con modestia á asistir á ella, motivando su negativa en el temor de desagradar á la reina con su presencia.

Aunque de edad no muy avanzada, se hallaba ya entonces al fin de su carrera, como lo atestigua un antiguo epitafio. «El año de la Encarnacion 1028, á 10 de abril, murió nuestro Padre Fulberto, de venerable memoria, ornamento de los obispos de su tiempo, luz del mundo, nutricio de los pobres, consolador de los afligidos y azote de los malos. Distinguióse mucho por su elocuencia y tambien por su habilidad en las ciencias divinas y en las artes liberales.» Por espacio de veinte y un años habia ocupado la Silla de Chartres, cuya catedral, quemada en el año cuarto de su episcopado, fué reedificada por él casi en la misma forma que hoy existe, mediante las liberalidades de los príncipes de su tiempo, tales como Canuto, rey de Inglaterra; Guillermo, duque de Aquitania; y Ricardo, duque de Normandia. Fulberto no debió su elevacion sino á su mérito; él mismo dice que no era recomendable por su nacimiento ni por su fortuna, y que además era extranjero; se cree que era romano. Despues de haber estudiado desde su infancia con escelentes maestros, enseñó en Chartres con el mayor aplauso, y llegó á ser cancelario ó maestrescuela de aquella iglesia. Progresó rápidamente en todas las ciencias y aun en la medicina, que ejerció caritativamente, aunque dejó de ejercerla desde que fué obispo. Habia formado una idea tan alta del episcopado, que durante mucho tiempo creyó deber ceder á los que, segun se esplicaba, eran mas dignos que él de que se les colocase en tan sublime gerarquía, y temblaba sin cesar por el recelo de no haber sido llamado á ella de un modo conveniente. Procuraba algunas veces tranquilizarse á sí

mismo, diciéndose que su elevacion no era efecto de ninguna recomendacion humana, y como el pobre que, sin saber cómo, se ve sacado del polvo de la tierra. Para calmarle del todo fué necesaria toda la autoridad de San Odilon de Cluny, á quien llamaba arcangel de los monges, y con el cual tenia íntima amistad. Por fin, cedió á las representaciones del santo abad, rogándole que le dirigiese en el cumplimiento de sus deberes, que le sostuviese en sus trabajos, y le ayudase á llevar una carga que habia tomado sobre sí por acceder á sus consejos.

Nos han quedado algunos sermones de Fulberto de Chartres, y mas de cien cartas bastante concisas por la mayor parte, pero muy instructivas. En un sermón que escribió sobre la Natividad de la Virgen, nos da á entender que habia instituido esta festividad en su diócesis. Descúbrese en sus cartas un juicio recto, unas ideas sanas, y una fuerza de alma superior á las preocupaciones de su siglo, como tambien á todo respeto humano. Habiéndole exigido su dictámen el rey Roberto acerca de la propuesta hecha á favor de Francon para el obispado de Paris, contestó que aprobaba su eleccion, si además de las buenas costumbres y de la doctrina, tenia igualmente gran facilidad para predicar; «porque no están, dijo, menos obligados á ello los obispos, que á la solicitud y á la actividad en el gobierno pastoral.» Escribiendo al mismo Francon, cuya iglesia sufrió mucho con pretesto de la proteccion que aparentaban dispensarla algunos señores, le previno contra la costumbre abusiva de defenderla con las armas: «no sea, añadió, que usando de una espada que no corresponde á los obispos, deis margen á que se desprece la que les es propia.» Murió una dignidad de la iglesia de Chartres, y Roberto de Senlis pidió esta plaza para sí ó para su hermano Guido: contestó Fulberto que no era conveniente